

LI

**VISITA AL GENERAL ALVAREZ EN LA
PROVIDENCIA I**

**Del 10 de Octubre al 20 de Noviembre
de 1865**

No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía a la División militar del General Don Juan Alvarez, me determiné a ir a la Providencia en donde tenía su casa y Cuartel General con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra, si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el General Alvarez con mucha pobreza y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones y órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero de donde era Gobernador su hijo Don Diego, para que me proporcionaran víveres, que yo me comprometí a coleccionar con equidad en todos los pueblos que estuvieran a mi alcance.

Mi recepción en La Providencia fué bastante benévola y cordial por parte del General Don Juan Alvarez y al principio también de su hijo Don Diego. Por desgracia, la protección que allí encontré fué infinitamente menor de lo que yo esperaba: sin embargo, la autorización para coleccionar víveres en los pueblos del Estado era una buena base a falta de mejores recursos.

Se me incorporó en La Providencia el General Don Francisco Leyva, que no teniendo elementos con que seguir haciendo la campaña, se había replegado a vivir con el General Alvarez. Leyva tenía diez o doce oficiales, entre los cuales estaba el Teniente Coronel de Infantería Don Manuel Travesí, a quien nombré desde luego mi secretario, y di lugar en mi Estado Mayor al Coronel Don José María Pérez Milicua, al Teniente Coronel de Caballería Don Martín Rivera, al Teniente Coronel de Infantería Don Manuel Aburto, y a los Tenientes de Infantería Don José María Ramírez Pizarro y Don Miguel Marín. También se me incorporó un grupo como de 20 soldados de la Guardia Nacional de Oaxaca, que a la fecha de la ocupación de aquella ciudad se encontraban en algunas comisiones del servicio en la Mixteca, y para no semeterse al enemigo, se replegaron al Estado de Guerrero y estaban con el General Alvarez. La mayor parte de estos eran Sargentos y Cabos.

Permanecí en La Providencia cosa de una semana, y cuando me retiré, después de haber obtenido los recursos que me facilitó Don Juan Alvarez, me acompañaron él y su hijo Don Diego hasta el rancho de Jaltianguis, que pertenece a la Hacienda y dista de ella tres leguas, y en donde yo pernocté.

Al despedirse de mí en ese punto el General Don Juan Alvarez, me regaló unas pistolas y otros objetos de su uso privado, útiles para la campaña, y con esa franqueza que tienen los ancianos para con los jóvenes y que se acentúan más cuando se consideran hombres superiores, me manifestó la pena que le causaba no poder acompañarme por su avanzada edad; y con ese motivo me dijo, señalando a su hijo Don Diego, que él no era como los muchachos de ahora, que sólo viven al calor del hogar.

No sé si esta franqueza o descuido del General Don Juan Alvarez serían la causa de alguna tibieza que después comencé a sentir en la acción del Gobierno del Estado de Guerrero, no obstante que el referido Don Juan Alvarez siempre permaneció muy bien dispuesto a ayudarme en todo lo que le pedía a él directamente para el servicio público, siempre que estuviera en sus facultades.

La poca voluntad del Gobierno del Estado de Guerrero comenzó a hacerse sentir por la dificultad con que los pueblos del Estado daban su contingente en especie, para el mantenimiento de mi fuerza, cosa que no me llamaba la atención porque

son pueblos muy pobres; pero sí era digno de notarse que al hacerme algunas remisiones de víveres, los pueblos mis simpatizadores con la causa de la independencia, me suplicaban frecuentemente que no diera yo aviso de ellas al Gobierno del Estado.

Afortunadamente al dar mayor ensanche a mis operaciones abandoné el territorio del Estado de Guerrero y no volvió ya su Gobernador a tener motivos de desagrado por mi presencia y mis operaciones en aquellos pueblos; pero no por eso cesó su celo respecto de mí.

Algunos años después tuve necesidad de rectificar públicamente una aseveración de Don Diego Alvarez, cuando ya había muerto su padre, durante cuya vida no lo habría yo hecho, y más bien lo habría sometido mi querrela contra su hijo. Es el caso, que estando yo en Oaxaca, a fines de 1866 y antes de saber que podía tener armas de la remesa que nuestra Legación en Washington hizo a la línea de Oriente, y de las que fué conductor el General Don Pedro Baranda, me avisó Don Juan Alvarez que había llegado a la Boca de Tecuanaupa un norteamericano llamado Stone, en un pailebot en que traía algunos fusiles de percusión que no pasaban de quinientos, con sus respectivas municiones labradas.

Como las armas constituían mi primera y más urgente necesidad, contesté inmediatamente al General Alvarez que al día siguiente saldría de Oaxaca el Teniente Coronel Don Luis Mier y Terán con el dinero y las mulas necesarias para comprar esas armas y conducir las a Oaxaca, y le encargué que las hiciera desembarcar e internar hasta Pinotepa y que yo pagaría todos los gastos que esto ocasionara. El Teniente Coronel Terán encontró en Pinotepa a Stone con las armas; las trató, las pagó y las condujo a Oaxaca.

Terminada la guerra, publicó el General Don Diego Alvarez una cuenta de los gastos que hizo durante la intervención, en la que aparecía una partida de data por el costo de las armas y municiones que yo había comprado a Stone. Como en la cuenta que había yo rendido antes que la de Don Diego, figuraba la misma partida, me vi obligado a rectificar la que éste presentaba, ofreciéndole que la aceptaría y pagaría si se me presentaran sus respectivos justificantes, los que nunca recibí, ni volvió a hablarse de ese asunto.

LII

OCUPACION DE TLAPA

25 de Noviembre de 1865

Con el auxilio personal y material que saqué de La Proviencia, regresé a Tlapa donde había dejado mi fuerza. Al llegar a Tixtla supe que un Jefe austriaco llamado el Duque de Bernard, con 700 infantes austriacos y una fuerza de traidores de 300 hombres mandadas por Visoso y seis piezas rayadas de montaña, había ocupado a Tlapa, y que Segura ocupaba un cerro muy defendido a la vista de esa población. Entonces el General Jimenez que mandaba en Tixtla, puso a mi disposición por orden del General Alvarez expedida a solicitud mía, un pequeño batallón de Guardia Nacional de Chilapa, que constaba de 200 hombres. Con ese batallón emprendí la marcha por los pueblos de la montaña, entrando por Hueyencantenango y levantándolos en son de guerra, aunque no puedo decir en armas, porque no las tenían, logré poner en acción más de dos mil indios que marchaban de montaña en montaña, paralelamente con mi fuerza armada, que constaba de 200 hombres y el pelotón de cabos y sargentos oaxaqueños, hasta salir por la espalda a mis soldados que a las órdenes del Coronel Segura ocupaban un cerro a la vista de Tlapa.

Como el Duque de Bernard vió salir simultáneamente por todas las cuestas que formaban la cordillera al Sur de Tlapa, masas de hombres cada una con una música de instrumentos metálicos, le pareció que por mal armados que estuviéramos debíamos ser muy superiores en número a su fuerza.

abandonó a Tlapa. Despedí en seguida a los indios que ocupé dándoles las gracias y devolví al General Jiménez el batallón de Chilapa porque no tenía con qué mantenerlo y él me lo pedía con apremio, porque el enemigo le amagaba por Iguala.

El Jefe Austriaco tomó el camino de Chila de la Sal y se acampó a la margen derecha del río, y cuando yo llegué a ese punto, acampé a la izquierda.

Así permanecimos algunos días, hasta que la fuerza austriaca regresó a Atlixco, dejándome al frente a Visoso con unos 300 hombres, poco más o menos. Se me informó de algún amago de tropas procedentes de Oaxaca y con ese motivo regresé a Tlapa. Entonces Visoso se atrevió a pasar el río y permaneció en el pueblo de Chila.

LIII

COMITLIPA

4 de Diciembre de 1865

Tuve una fiebre palúdica que no duró más de dos o tres días; pero teniendo el Coronel Visoso noticia de mi enfermedad se aproximó a una distancia de seis o siete leguas, con cuyo motivo engañando yo a los míos, afecté una gravedad que no tenía y Visoso vino entonces a situarse hasta el pueblo de Tepetlapa, en donde yo podía, forzando la marcha en una noche, darle un golpe al amanecer, que era probablemente lo mismo que él intentaba hacer conmigo.

Así lo hice, y el 3 de diciembre en la noche sin dar ningún toque y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí la marcha con la cautela necesaria hacia el pueblo de Tepetlapa, cuyas entradas y caminos conocía yo muy bien.

Llegué a Tepetlapa y allí supe que Visoso había marchado a las nueve de la noche por Comitlipa que no está muy lejos de aquel pueblo.

Aunque todavía faltaba mucho para que amaneciera, seguí mi marcha para Comitlipa sin dificultad alguna. Al llegar en la madrugada del 4 de diciembre de 1865, a un lugar del camino desde donde se descubre el pueblo de Comitlipa, ví en un pequeño cerrito que está casi a tiro de pistola de la plaza, una gran fogata y comprendí que allí había una guardia de observación, y como aun no amanecía no podía yo ser visto. En un reconocimiento que practiqué con dos o tres hombres, dejando toda mi fuerza en el camino, pude compren

der que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado del camino en que yo estaba y que solo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza y Casa Municipal y la colina. Bajé entonces mi infantería y la oculté en unos espesos carrizales y arboleda que había a muy poca distancia de las primeras casas, y la dejé allí a las órdenes del Capitán Don José Guillermo Carbó y del Teniente Coronel Don Juan José Cano y volví al punto elevado del camino en donde había quedado mi caballería. Esperé a que amaneciera, y cuando ya hubo luz, emprendí la marcha con la fuerza haciéndome visible en el camino y ví perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda a avisar a Visoso. Creí que éste saldría a mi encuentro, pero no fué así, y tuve que llegar hasta la plaza a tirotarlo para que saliera a perseguirme.

Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía y que apenas llegaría a 100 hombres, Visoso se animó a perseguirme y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el Capitán Carbó y el Teniente Coronel Cano, cortándole el camino el primero y batiéndolo el otro por un costado, en los momentos en que yo con la caballería le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda, a donde corría su gente en desorden al sentir los fuegos a quemarropa que salían del carrizal.

Fué derrotado completamente Visoso y huyó sólo con unos 20 o 30 hombres de caballería, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales, y prisionera a casi toda su infantería que me sirvió para formar con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en La Providencia, el batallón Fieles de Oaxaca, cuyo mando tomó desde luego el Capitán Don José Guillermo Carbó a quien ascendí a Mayor con ese objeto.

Por mi parte tuve once muertos, entre los cuales estaba el Teniente Coronel Tomás Sánchez, y nueve heridos, entre ellos el Capitán Bonifacio Valle, que lo había sido también en el encuentro de Tulcingo, y cuya herida aun no estaba cicatrizada.

LIV

OPERACIONES CONTRA SILACAYOAPAN Y TLAXIACO

Del 6 de Diciembre de 1865 al 24
de Febrero de 1866

Volví a Tlapa donde permanecí algunas semanas sin que ocurriera acontecimiento notable, aprovechando la calma para instruir y organizar mi pequeña fuerza. En busca de recursos y hombres, emprendí una marcha para el Estado de Oaxaca, penetrando por el Distrito de Silacayoapan. Las pequeñas guarniciones que había en aquellos pueblos se retiraban al tener conocimiento de mi arribo al pueblo de Silacayoapan, cabecera del Distrito de su nombre, porque conocían que todos esos pueblos simpatizaban con la causa nacional, y yo lo ocupé el 13 de diciembre de 1865.

Expedí algunos decretos y pasé en seguida con intención de sorprender a Tlaxiaco, que estaba defendido por el General Trujeque. Después de algunos pequeños combates ocasionados por varias salidas que éste hizo, se resolvió a abandonar la plaza y la ocupé yo el 22 de diciembre de 1865, persiguiéndolo en su retirada para Teposcolula, hasta el pueblo de Santiago Yolomecal en donde abandoné la persecución para volver a Tlapa.

Cuando supieron en Oaxaca que yo había ocupado a Silacayoapan y Tlaxiaco, mandaron fuerzas superiores a las mías para recobrar esas poblaciones, por lo cual tuve que abandonarlas y retirarme a la costa.

Sabiendo en los primeros días de enero de 1866 que en Silacayoapan había una fuerte guarnición austriaca y con el fin de hacerla salir de aquel puesto amagué a Tlaxiaco; logré mi objeto, pues los austriacos se dirigieron a ese pueblo y yo ocupé a Silacayoapan. Me dirigí entonces a Tlaxiaco y lo batí por dos días, el 6 de enero de 1866; pero supe que venían al enemigo refuerzos considerables que estaban ya a cinco leguas de Tlaxiaco y tuve que evacuar mis posiciones frente a aquel pueblo. El 28 del mismo enero rechacé a una partida de traidores que asaltó a Silacayoapan muriendo su jefe.

Hice otros movimientos que no fueron de trascendencia a causa de los pocos elementos de que podía yo disponer, por lo cual no los enumero aquí.

Inserto en seguida dos cartas que dirigí a nuestro ministro en Washington, fechada la primera el 14 de enero de 1866, en Santa Lucía Monteverde, Distrito de Tlaxiaco, y la segunda en Yoxondun el 20 del mismo mes, ambos pueblos del Estado de Oaxaca, cartas que contienen algunos detalles respecto de mis movimientos en esos días y que fueron publicadas en inglés por el Gobierno de los Estados Unidos de América, y no encontrándose el texto español de la primera, ha habido que traducirla al castellano, de la traducción inglesa.

Santa Lucía, Monteverde (1).—Distrito de Tlaxiaco, Estado de Oaxaca, enero 14 de 1866.

Voy a decirle a usted lo que me sucedió desde que me evadí de la prisión hasta la fecha, pero si usted ha leído lo que sobre esto le he escrito antes, no será sino una cansada repetición.

(1) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro Ministro en Washington al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América en nota de 23 de febrero de 1866, y transmitida por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 20 de marzo de 1866 y publicado por acuerdo de la misma Cámara. (Documento del Ejecutivo núm. 73. primer período de sesiones de la Cámara de Diputados del 39o. Congreso. Vol. 1, pág. 452).

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1867. Vol. VII, págs. 200 y 986.

Verifiqué mi fuga de la prisión el día 20 de septiembre a media noche. El día 22 y 23 tuve dos escaramuzas con los traidores que me perseguían; la primera fué contra veinte y cinco infantes, en Tehuicengo, la segunda contra cuarenta o sesenta de caballería en Piaxtla. De allí pasé a Tecomatlán con el propósito de ponerme fuera de la acción de las fuerzas de Acatlán y de proteger la incorporación de una pequeña fuerza de guardias nacionales de Tlapa; pero las encontré en Tecomatlán y me regresé para encontrar a Visoso, que permanecía aún en los límites de Puebla y Guerrero, y había sido uno de mis más activos perseguidores. Le di alcance en Tulcingo: allí tuvo lugar un combate, en el cual el enemigo se retiró dejando dinero, armas y municiones en mi poder, además de cuarenta muertos en el campo y numerosos prisioneros.

Después, dejando todo mi botín en poder del Coronel Segura, me fuí a La Providencia a tener una entrevista con el General Alvarez; fuí bien recibido en todas las poblaciones y en el Cuartel General del Sur. El Gobernador se hallaba dispuesto a dar me todo lo que tenía. Podía haber dispuesto de cualquier número de fuerzas del Sur, a condición de que las pagase desde que las alistara. A mi paso por Tixtla, en mi regreso de La Providencia, supe que una columna del enemigo, fuerte de 700 hombres de todas armas, de austriacos y traidores, habían ocupado a Tlapa, a la vez que como dos mil franco-traidores defendían el paso de Mezcala, en Iguala.

Tomé trescientos infantes de Chilapa con algunos serranos y marché sobre Tlapa. El enemigo se retiró, dejando a Visoso con doscientos cincuenta hombres en observación nuestra. Tuve que devolver a la gente de Tixtla porque no podía mantenerla; hice que Visoso tuviera conocimiento exacto de que yo estaba enfermo en Tlapa a 6 leguas de Tepetlapa, en donde él se enconaba, y con esto se envalentonó mucho. El día 3 de octubre ordené que se formase la guardia nacional en la plaza y después de la parada, partí;—él ignoraba la razón para esto—y después de la parada de la mañana, salí de allí y el día 4 al amanecer había yo escarmentado severamente a Visoso. Dejé en el campo 81 muertos, entre ellos tres oficiales, muchos prisioneros, armas, caballos, etc. Allí obtuve alguna gente de refuerzo, con la caballería de Bernardino García, con lo que completé una fuerza de 100 infantes y otros tantos caballos. Volví a Tlapa, más de allí me fuí a Silacayoapan, a donde llegué el día 13, y encontré que su guarnición de traidores había huído antes de

mi llegada. Organicé las autoridades y la guardia nacional, y entonces me fuí a hacer lo mismo a Tlaxiaco; pero apenas hacía tres días que me hallaba en este último lugar, cuando se presentó una columna de austriacos y traidores, fuerte de 700 hombres. Me ví obligado a evacuar la plaza y el día 22 lo verifiqué retirándome al paso del enemigo que me perseguía, pero tan lentamente que en una semana sólo hice unas diez y siete leguas, mientras que el enemigo hizo nueve.

La columna austriaca se volvió a Oaxaca, en donde se necesitaba su presencia, y dejó en observación de mis movimientos unos 150 hombres y 300 de guarnición en Tlaxiaco. Me alisté para atacar a los que me observaban, pero habiéndose percibido de mi intento, se retiraron a Tlaxiaco. Entonces y con un refuerzo de unos 150 infantes de San Andrés Cabecera Nueva que recibí con sus autoridades a la cabeza, me aproximé a Tlaxiaco. El enemigo salió a encontrarme y lo batí en dos diversos encuentros, después de los cuales se retiró a la población. Le tomé cuatro caballos, catorce lanzas, cuatro prisioneros, una corneta, seis fusiles y le puse en dispersión treinta hombres. No puedo decir el número exacto de muertos y heridos; ellos dicen que sólo tuvieron un muerto y cinco heridos. Por nuestra parte tuve un Teniente muerto; ocupé durante dos días parte de la población, a tiro de pistola del enemigo, pero no se atrevió a atacarme; más como él esperaba refuerzos y yo no esperaba ningunos, tuve que irme a otras poblaciones para procurarme víveres y pasturas para 50 caballos y 116 infantes, pues los de Cabeza Nueva quedaron en sus casas. Tuve que licenciar 140 hombres porque no podía mantenerles sin extorsionar a los habitantes. Cuando amenazaba yo a Tlaxiaco, el enemigo evacuó a Silacayoapan, que volvió a ocupar su Jefe Político el Comandante Manuel Reyes, con la guardia nacional.

Aun cuando habían llegado refuerzos al enemigo de unos 500 hombres en Tlaxiaco, y de entre ellos 100 eran austriacos, no se atrevía a atacarme.

Esto es todo lo que hasta ahora he podido hacer, le seguiré informando sobre mis futuros movimientos a medida que vayan teniendo lugar. He dispuesto la rebaja del impuesto de capitación a un real, y he devuelto las alcabalas al Estado como lo hice en 1864. No me ha sido posible pasar hacia el Norte del Estado; he transmitido órdenes en todas direcciones, pero sólo de Figueroa y Juchitán he recibido respuestas favorables. Este momento es muy propicio para hacer mucho, y para extender

la línea de Oriente mucho más de lo que ocupaba en 1864, pero carezco de recursos y sin éstos nada puede hacerse.

Su amigo sincero.—(Firmado) Porfirio Díaz.—C. Matías Romero, etc., etc.—Washington.

Yoxondua, (1) Estado de Oaxaca, enero 20 de 1866.

Muy querido amigo; A principios de éste, el seis del corriente, con objeto de llamar a Tlaxiaco la guarnición austriaca que se hallaba en Sitacayopan, hice un amago serio al primero de estos puntos; se verificó la concentración de fuerzas que yo deseaba y se ocupó a Silacayoapan. También me proponía con ese movimiento llamar la atención de una columna austrotraidora que marchaba por Oriente a batir a Figueroa; al presentarme a las puertas de Tlaxiaco salió su guarnición, superior en número a mis fuerzas y a las órdenes de Ramírez de Acevedo, a batirme, la rechacé con empuje de mi caballería (que es del mismo personal que tenía Ramos en Oaxaca en 1860) y esto sucedió tres ocasiones sin mayores resultados, porque siendo muy corta la distancia que arriesgaban a recorrer los defensores de la plaza, a poco de perseguirlos nos hallábamos bajo los fuegos de la torre y edificios altos del centro; permanecí dos días al frente de Tlaxiaco a menos de medio tiro de fusil, y el enemigo no emprendió una cuarta salida y teniendo noticia de que sus refuerzos estaban cerca; me he retirado cuatro o cinco leguas, andando por los pueblos del mismo Distrito con la esperanza de que saldría a batirme; pero me equivoqué, el enemigo recibió sus refuerzos y solo se ocupan de fortificarse, siendo yo dueño de todos los pueblos

(1) Esta carta fue comunicada oficialmente por nuestro Ministro en Washington al Gobierno de Estados Unidos de América, en nota fechada el 9 de marzo de 1866 y transmitida por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje del 20 del mismo mes, y publicada por acuerdo de dicha Cámara.—Congreso 39o.—Cámara de Diputados.—Primer Período de Sesiones.—Documento del Ejecutivo núm. 73, vol. I, pág. 461.

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1867. Vol. VII, pág. 266.

con excepción de la Cabecera y del de Silacayoapan, porque el jefe que mandé a ocuparlo está en posesión de él y lo explota, lo mismo que a todos los pueblos de Huajuapán que quedan a su rumbo.

Tengo entre manos una porción de proyectos de que no puedo hablarle, mientras me fracasen o se realicen; son de fecundos resultados, pero no podrán tenerlo si yo no tengo pronto fondos a mi disposición y no es eso lo que siento, sino el ridículo en que voy a quedar ante militares extranjeros, a quienes por esa circunstancia, tengo mucha vergüenza.

El Distrito de Juquila está pacífico con la fuerza y guardia que le puse.

Trabaje usted por el progreso de quien consagrando a la Independencia todos sus esfuerzos, deja para usted toda su sincera amistad.—(Firmado) Porfirio Díaz.

LV

REPOSICION EN EL MANDO DE LA LINEA DE ORIENTE

Del 20 de Septiembre al 2 de Febrero de 1866

Cuando el Gobierno tuvo la noticia de que debía evadirme yo de Puebla, que fué comunicada por Don Justo Benítez a nuestro Ministro en Washington y transmitida por él a la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República, residente en El Paso, y el señor Juárez supo que intentaba yo evadirme y volver a tomar las armas contra el Imperio, me repuso en el mando de la línea de Oriente el 12 de noviembre de 1865, concediéndome las mismas facultades y atribuciones que tenía antes de la toma de Oaxaca por los franceses.

El 30 de diciembre de 1865 recibió el Gobierno Federal la noticia transmitida por nuestro Ministro en Washington, el 13 de octubre anterior, de que había yo verificado mi evasión y que estaba ya en campaña contra la intervención y los traidores, y en ese mismo día ratificó su acuerdo anterior. Yo recibí en Atoyacuilco, del Estado de Oaxaca, el 2 de febrero de 1866, las órdenes respectivas de la Secretaría de Guerra, fechadas en el Paso del Norte el 12 de noviembre anterior, en viada cuando se tuvo noticia de que pensaba yo evadirme.

El General Don Alejandro García cuyo Cuartel General estaba en Tlacotalpam, del Estado de Veracruz, había quedado con el mando de la línea de Oriente durante mi prisión en

Puebla, y cuando volví a la campaña siguió como segundo en jefe.

Inserto en seguida dos comunicaciones fechadas respectivamente en el Paso del Norte, el 13 de octubre y 30 de diciembre de 1865, dirigidas por la Secretaría de Relaciones a nuestra Legación en Washington, que contienen esta resolución y dos cartas mías fechadas en Atoyacillo, del Estado de Oaxaca, el 2 de febrero de 1866, dirigidas al Presidente Juárez y a nuestro Ministro en Washington, referentes al mismo asunto, que contiene algunos detalles de los sucesos ocurridos en aquellos días y que pintan exactamente la situación que yo guardaba entonces:

Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación.—Departamento de Relaciones. (1)—Sección de América.—Núm. 392.—Paso del Norte, noviembre 12 de 1865.—Coalicón de Tabasco, Chiapas y línea de Sotavento de Veracruz.—El General García.—El General Díaz.

Con la nota de usted, núm. 329 de fecha 8 de julio último, envió usted un pliego que le había remitido el C. General Alejandro García, relativo a la Coalición de los Estados de Chiapas y Tabasco, y de la línea de Sotavento de Veracruz.

Después me manifestó usted en su nota número 439 de fecha 15 de septiembre que había usted comunicado a ese Gobierno varios partes oficiales de las acciones que tuvieron lugar antes de la rendición de la ciudad de Oaxaca, y además, he recibido el duplicado de la nota de usted núm. 465 de fecha 28 de septiembre, acerca de la llegada a Nueva York de un Comisionado del C. General Porfirio Díaz y sobre la conveniencia de que éste volviese a tener el carácter de General en Jefe de la línea de Oriente, si según las noticias que había usted recibido está ya, o estuviese dentro de poco, libre y en aptitud de volver a prestar sus servicios.

Así lo ha acordado el C. Presidente, y en tal caso, el C. General García, que tiene ahora el carácter de General en Jefe de dicha línea, quedaría en el de segundo en Jefe.

Envío a usted un pliego para el C. General García, que contiene la comunicación de este acuerdo, y la respuesta so-

(1) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera 1860-1867. Vol. VI, pág. 366.

bre lo relativo a la coalición, a fin de que se sirva usted dirigirla dicho pliego por el primer conducto oportuno.

También envió a usted la comunicación relativa para el C. General Díaz, con objeto de que se sirva usted dirigírsela desde luego o cuando fuere conveniente.

Protesto a usted mi muy atenta consideración.—Lerdo de Tejada.—Al C. Matías Romero, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Mexicana en los E. U. de América. Washington.

Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación.—Departamento de Relaciones.—Sección de América.—Número 444.—Paso del Norte, diciembre 30 de 1865.—Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación. (1)—Departamento de Relaciones.—Sección de América.—Evasión del General Díaz.

En la nota de usted número 497 de 13 de octubre último, me comunicó usted la noticia de que el C. General Porfirio Díaz se había evadido de su prisión en el Colegio Carolino de Puebla el 21 o 22 de septiembre anterior.

Me comunicó usted a la vez, que había recibido noticias satisfactorias de la situación del Estado de Oaxaca, donde podrían ser así los servicios de aquel General más prontamente eficaces y muy provechosos. Después ha tenido el Gobierno por la vía de San Francisco, noticia de que se dirigió primero al Estado de Guerrero, en el que desde luego prestó un importante servicio, poniéndose a la cabeza de una fuerza que derrotó a otra del enemigo. Es probable que haya marchado para el Estado de Oaxaca en seguida.

Ya comuniqué a usted en mi nota número 392, de 12 de noviembre, lo dispuesto por el C. Presidente de la República, para que el General Díaz, volviese a tener el carácter de General en Jefe de la línea de Oriente, si se realizaba el anuncio de su próxima evasión como se realizó en efecto.

Protesto a usted mi atenta consideración.—Lerdo de Tejada.

Al C. Matías Romero, Enviado Extraordinario y Minis-

(1) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención Extranjera 1860-1867.—Vol. VI, pág. 406.

tro Plenipotenciario de la República Mexicana en los Estados Unidos de América.—Washington.

Atoyaquillo. (1) Estado de Oaxaca, febrero 2 de 1866.

Mi muy querido amigo: He recibido hoy su muy apreciable de 18 de diciembre y con ella las tres comunicaciones a que usted se refiere; las anteriores de que usted me habla no han llegado a mis manos.

Incluyo a usted una carta abierta para el señor Presidente, ella y otra que escribí al señor Godoy y de que debe usted tener copia, contienen la crónica de mi nueva época hasta hoy; véalas usted.

Siento infinito que en cuanto a recursos me hable usted de una manera tan terminante y absoluta haciéndome perder hasta la esperanza para más adelante si el préstamo como usted me dice "no ha producido lo que esperábamos": en hora buena que yo tampoco cuente con lo que esperaba, pero que no cuento con nada cuando estoy en situación tan desesperada en cuanto a plata, es nulificarse por algún tiempo; crea usted que cualquiera cantidad por insignificante que fuera me valdría más ahora que millones después, porque hasta la gente descontenta que me busca y que no puedo mantener ni armar, se desmoraliza al verse despedida.

En el presente año sólo ha acurrido un ataque a Tehuantepec por Figueroa y los juchitecos: otro por mí a Tlaxiaco el día 6 de enero: pronunciamiento de Miahuatlán el día 24 y

(1) Estas cartas fueron comunicadas oficialmente por nuestro Ministro en Washington al Gobierno de los Estados Unidos en nota de 14 de marzo de 1866 y transmitida por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país en su mensaje del 26 del mismo mes e impresas por acuerdo de la Cámara.—Congreso 39o.—Cámara de Diputados.—Primer período de sesiones.—Documento del Ejecutivo No. 73. Vol. 1, págs. 462 y 463

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera 1860-1867. Vol. VII. págs. 282-284.

derrota de una partida traidora en Silacayoapan el día 23. Ahora viene sobre mí una invasión formal y voy a ver cómo la conjuro; la carta que le adjunto dará a usted una idea de mi situación y de los elementos con que podré resistir al mundo que según costumbre quieren echarme encima los traidores y austriacos.

Soy de usted respetuosamente su sincero y adicto amigo.—[Firmado] Porfirio Díaz.—C. Matías Romero, E. E. y M. P. de la R. M. en Washington.

Atoyaquillo, Estado de Oaxaca, febrero 2 de 1866.

Muy estimado y respetado señor: Hasta hoy he recibido su muy apreciable de 12 de noviembre último, y con ella una copia del acuerdo en que se sirve usted reponerme en el mando en Jefe que antes tenía, cuya copia viene autorizada por nuestro Ministro en Washington y en el momento he comunicado tal disposición a los jefes de la línea.

Usted debe suponer cómo estoy en cuanto a recursos y lo mucho que podría hacer teniéndolos; pero si la situación de usted también es mala en este ramo, no pido, sólo quiero que usted sepa para la primera oportunidad que necesito mucho y entre tanto yo veré lo que hago con mis escopetas viejas y mis hombres desnudos.

Al Sr. Godoy he mandado una revista de todas mis operaciones desde mi libertad el 21 de septiembre hasta fin de año, misma que debe haber mandado a usted y por eso sólo voy a decir lo ocurrido en enero: un ataque a Tehuantepec sin más éxito que sacar a Juchitán del estado de vacilación y casi neutralidad en que se hallaba; hoy con todo lo ocurrido en dicho ataque le sería muy difícil volver a someterse al Imperio. Mis agentes de Miahuatlán y Ejutla han hecho un movimiento en la primera de dichas villas el 24 de enero y me remiten prisioneros a los empleados y autoridades traidoras que allí había.

Para preparar aquel movimiento he hecho movimientos rápidos sobre Tlaxiaco y Nochistlán habiendo tenido en los suburbios del primero un encuentro el día 6, que me proporcionó algunas armas y caballos, teniendo el enemigo la pérdida de 4 muertos, 8 heridos, 4 prisioneros y muchos dispersos. Mi objeto era que la mayor parte de las fuerzas de Oaxaca se

situaran en la Mixteca y lo he logrado, por eso ha podido efectuarse lo de Miahuatlán a donde me dirijo, dejando por aquí e las órdenes de Leyva una fuerza que haga frente a la de la Mixteca que a mi juicio debe acudir a Oaxaca. El 28 del mismo enero una partida de traidores asaltó a Silacayoayan y fué rechazada por nuestras guardias nacionales, quedando muerto el Jefe traidor y con él algunas armas; tendré a usted al tanto de lo que siga ocurriendo.

Pudiera aprovechar ventajosamente el estado de exasperación en que se hallan los pueblos pero tengo que despedir las masas de hombres que no puedo armar ni mantener y esto nos hará perder el prestigio y a los pueblos la esperanza, y no por lo dicho crea usted que toda la fuerza está armada, tengo una porción de hombres con sólo la za que es lo que puedo construir a men's costo.

Quedo enterado de los decretos sobre retención del mando supremo y encausamiento del General González Ortega: han sido muy bien recibidos y sólo murmuró Ruiz y nuestros enemigos que fundaban grandes esperanzas en una crisis que con rabia ven conjurada. En Oaxaca han sobresalido en esa materia nuestros amigos en razón directa de la adhesión con que otra vez han sido nuestros.

Escríbame usted con más continuación y como siempre mándeme, contando con mi sincera y muy justa estimación.

(Firmado) Porfirio Díaz.

Ciudadano Presidente Licenciado Benito Juárez.

LVI

LO DE SOTO

25 de Febrero de 1866

Estando en Tlapa supe que una columna mandada por Don Jesús Ortega, procedente de Oaxaca, trataba de penetrar al Estado de Guerrero por Jamiltepec y Pinotepa, y que trafa armamento para organizar un batallón que se llamaría Batallón de Jamiltepec.

Auxiliado por el General Alvarez, con una fuerza de guardia nacional de 200 hombres que mandaba el Coronel Antonio Reguera, emprendí mi marcha por Ometepec, hacia Jamiltepec, con objeto de encontrar a Ortega, y estando acampado en una ranchería que se llama Lo de Soto, el 25 de febrero de 1866, la avanzada que tenía sobre el camino a tres leguas y compuesta de vecinos armados, abandonó su puesto, sin replegarse al campamento, y por consiguiente sin que yo pudiera tener aviso de la presencia del enemigo a tan corta distancia, y solamente pude verlo cuando ya hacía fuego sobre mis soldados que éstos le contestaban.

Al oír los primeros tiros salí de un jacal que me servía de alojamiento, y me encontré con la caballería enemiga a muy corta distancia que comenzó a dispararme sus armas. No tuve más recurso que volver al mismo jacal; tomé mis pistolas que estaban en mi montura, y no pudiendo salir por la puerta, porque por allí me amagaba el enemigo, me abrí paso rompiendo por la parte posterior la cerca del jacal que era de mimbres e hice otro tanto con otros dos jacales que seguían porque al entrar sucesivamente en cada uno, mis perseguido